

Generaciones políticas en la masonería española (1900-1931)

Luis P. Martín

Université de Pau et des Pays de l'Adour

Resumen: Partiendo del concepto de generación nuestro estudio aborda la cuestión de las prácticas políticas de la masonería española. Durante el primer tercio del siglo xx, hemos retenido tres generaciones de masones que concibieron su función política dentro de unos márgenes coincidentes con unos eventos que los unían: crisis de fin de siglo, crisis de 1909 y dictadura de Primo de Rivera. De esta manera, cada generación política va a transitar desde la regeneración hasta la práctica clandestinidad bajo la dictadura, pasando por su participación en la construcción de la ciudadanía con la Liga Española de los Derechos del Hombre. A su vez, estas generaciones reflejan las sensibilidades del republicanismo español y su manera de concebir la realización de sus objetivos.

Palabras clave: masonería, generación, culturas y prácticas políticas, republicanismo.

Abstract: Taking the concept of generation as a starting point, our study deals with the topic of political practice of the Spanish freemasonry. Over the first third of the 20th century we have taken into account three generations of masons who conceived their political function within some coincident margins with certain events which joined them: the crisis at the end of the century, the crisis in 1909 and the dictatorship of Primo de Rivera. This way, each political generation is going to move from regeneration to secrecy under the dictatorship, going through their participation in the building of citizenry with the Spanish League of Human Rights. At the same time, these generations reflect the sensibility of Spanish republicanism, and their way to understand the achievement of their goals.

Keywords: freemasonry, generation, culture and political practice, republicanism.

Desde la última década del siglo XIX, España entra en una fase continua de cambios profundos que se manifestaron de forma convulsiva y que dieron lugar a nuevas pautas en las prácticas políticas: sufragio universal, empuje del movimiento obrero, reestructuración del republicanismo, democratización incipiente, urbanización, regionalismos, etc. La masonería española, que ya había dado a partir del Sexenio Democrático signos de actividad política, irrumpe en este nuevo marco participando en los cambios sociopolíticos y culturales. Logias y masones modifican sus comportamientos, amplifican su influencia por medio de una elite, unen a las familias republicanas, adoptan una gran flexibilidad política y modernizan su discurso. Es decir, que optimizan sus recursos y alcanzan un alto grado de acción política que viene explicitada tanto por su trayectoria como por sus planteamientos y propuestas.

Para lograr estos objetivos, la sociedad de los masones procedió a una transformación interna de recomposición del espacio masónico nacional, ayudado por un cambio generacional y empujado por una renovación social interna. Fue este conjunto de cualidades lo que nos llevó a interrogarnos sobre la interrelación entre las nuevas prácticas políticas de la masonería y las distintas generaciones que las produjeron.

La generación como objeto histórico es un tema poco tratado en nuestra historiografía¹; sin embargo, la perspectiva generacional nos ofrece grandes posibilidades en la exploración de culturas políticas, prácticas y representaciones. Dentro del ámbito sociológico, los estudios sobre las generaciones comenzaron en el siglo XIX con Comte, que examinó sistemáticamente la sucesión de generaciones

¹ Me refiero a estudios propiamente históricos, a parte de los muy abundantes estudios sobre las generaciones de intelectuales o de movimientos literarios que dominan el panorama, siendo la generación del 98 la que prima en cuanto a producción. Un intento de superar este marco pero dentro del concepto de generación intelectual es el estudio de Paul AUBERT: «“Vieille et nouvelle politique”: l'impossible relève générationnelle. Espagne, 1868-1936», en Paul AUBERT: *Transitions politiques et culturelles en Europe méridionale (XIX^e-XX^e siècle)*, dossier de *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 36(1) (2006), pp. 49-82. La generación del 14 también ha suscitado interés; véanse los estudios de Marina DÍAZ-CRISTÓBAL: «¿La generación clásica? Modernidad, modernismo y la generación de 1914», *Historia y Política*, 8(2) (2002), pp. 143-166, y Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La generación de 1914: una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 2006. Desde una perspectiva política, Juan Ernesto PFLÜGER SAMPER: «La generación política de 1914», *Revista de Estudios Políticos*, 112 (2001), pp. 179-197.

como «la fuerza que movía el progreso histórico»², un concepto de evolución social muy similar al de John Stuart Mill. Con la formación de las clases sociales, a mediados del siglo XIX, y la graduación de los grupos en función de la edad, aparecieron los primeros textos monográficos en los que se incluían parámetros nuevos como el nivel de vida en las estructuras familiares³ o como los vínculos biológico-genealógicos⁴. Por su parte, el alemán Gustav Rümelin, en 1875, introduce la estadística de edades que explica los cambios sociales y culturales que existen entre generaciones⁵. Por estos años, Dilthey introduce nuevas reflexiones en torno a dos cuestiones claves: el tiempo humano y el tiempo histórico. Partiendo del análisis de los grupos, vincula éstos con los acontecimientos y los cambios que se producen en su época⁶; es decir, para Dilthey, dos factores son recurrentes: la historia y la experiencia.

Desde los años veinte del siglo XX se produce una eclosión de estudios sobre la generación que se entronca con múltiples disciplinas. Biólogos, filólogos, historiadores de la literatura, del arte y de la música e historiadores —como Pinder— tratan la cuestión en referencia a sus intereses. Sin embargo, los más relevantes, también por ser coetáneos, fueron Ortega y Gasset y el sociólogo alemán K. Mannheim. No obstante, el primer estudio sociológico lo llevó a cabo el francés François Mentré basándose en el paradigma de que la ley de edades explica la sucesión de las tradiciones culturales en la sociedad⁷. Ortega publicó en 1923 *La idea de las generaciones*, donde consideraba que existía una «sensibilidad vital» entre las personas nacidas en la misma época, lo cual las situaba en el contexto de la historia⁸. Sin embargo, aunque posteriormente en su *Método histórico de las generaciones* entiende que el relevo generacional se sitúa en torno a los quince años, su tesis no

² *Cours de philosophie positive*, IV, París, 1849, pp. 635-641.

³ Giuseppe FERRARI: *Teorie dei partiti politici*, Milán-Nápoles, Hoepli, 1874.

⁴ Justin DROMMEL: *La lois des révolutions : les générations, les nationalités, les dynasties, les religions*, París, Didier et ce, 1862.

⁵ Para un recorrido histórico, consultar Hans JAEGER: «Generations in History: reflection on a controversial concept», *History and Theory*, 24 (1985), pp. 273-292.

⁶ *Gesammelte Schriften* (1875), vol. 37. Citado por Hans JAEGER: «Generations in History...», p. 276.

⁷ *Les générations sociales*, París, 1920, p. 13.

⁸ Insertado en José ORTEGA Y GASSET: *Meditaciones de nuestro tiempo*.

es la de la sucesión generacional, sino la de la superposición⁹. En cuanto a Mannheim, su análisis de las generaciones partió de una doble idea: distanciarse del positivismo y los enfoques biológicos de las generaciones y desmarcarse de la corriente histórico-romántica. Su concepto es que la generación es el resultado de los cambios temporales, o sea, cuando la esencia de unos acontecimientos comunes son compartidos y rompen la continuidad histórica, marcando un vínculo generacional que va más allá que la fecha de nacimiento. Esas experiencias comunes en grupos concretos forman las unidades generacionales. Mannheim no pudo desarraigarse de la perspectiva histórica, ya que su concepto de generación lo vincula al largo tiempo en tres aspectos: relación temporal, existencia humana y cambio social¹⁰.

Es precisamente en este campo de las experiencias compartidas donde nuestro trabajo encuentra su justificación. No cabe duda que entre los masones del primer tercio del siglo XX existen unas dinámicas generacionales que potenciaron fenómenos de integración, de transmisión y de reproducción en torno a valores políticos. Además, a través la axiología presentada, observamos que cada generación masónica muestra una diferenciación en el impacto de los acontecimientos políticos, procediendo a un ajuste de los hábitos. Estos acontecimientos son «unificadores» o «fundadores», los cuales se imponen porque son objetivos; siendo la representación de los acontecimientos (crisis del 98, Semana Trágica, dictadura de Primo de Rivera) la que desempeña el determinante papel de integrador, ya que es dominante. La generación política en la masonería vendría definida por el hecho de que no es una generación de edad, sino una generación de experiencia compartida, una generación plural entre las generaciones¹¹.

Estas consideraciones nos empujan a estudiar las generaciones masónicas como generaciones políticas, y son pertinentes den-

⁹ Esta cuestión formó parte de un ensayo que publicó en 1933, *En torno a Galileo*.

¹⁰ Véase Karl MANNHEIM: «El problema de las generaciones», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62 (1993), pp. 193-242. Este artículo fue publicado por primera vez en 1928. También Ignacio SÁNCHEZ DE LA YNCERA: «La sociología ante el problema generacional. Anotaciones al trabajo de Karl Mannheim», *ibid.*, pp. 147-192.

¹¹ Marc DEVRIESE: «Approche sociologique de la génération», *Vingtème Siècle. Revue d'Histoire*, 22 (1989), pp. 11-16.

tro del campo de explotación que propone R. Girardet cuando subraya que el empleo de la generación es aleatorio científicamente si se establece en grupos o comunidades amplias, siendo más operacional «respecto a un grupo particular de la comunidad nacional»¹². Por último, un aspecto que, pese que no lo relevamos en este estudio, implícitamente está contenido. Nos referimos a la función de la reconstrucción en la memoria de los eventos fundadores de una generación. La memoria actúa como una argamasa en la constitución de una generación política, siguiendo la idea de J.-F. Sirinelli¹³. ¿Cuál sería esta «memoria común» entre los masones en cada generación política?: la de la República. Un parámetro transversal y cultural que nos permite acceder, a través de cada generación política, a las representaciones o a las sensibilidades como complementos de todo un conjunto de culturas políticas de la masonería, en nuestro caso.

La generación de los republicanos centralistas. Los masones de Morayta (1900-1909)

La crisis colonial provocó un auténtico seísmo en los masones españoles. Acusados de ser instigadores, promotores y defensores de los independentistas filipinos, cubanos y puertorriqueños, sufrirán las consecuencias del fracaso de la política autonomista de los liberales. Los hechos remontan a 1896, cuando el gobierno de Cánovas del Castillo encuentra una colisión de intereses entre el Gran Oriente Español (GOE) y una asociación filipina establecida en Madrid. Partiendo de este eje, una campaña orquestada por sectores conservadores, y atizada por la Iglesia, concluye en una encuesta parlamentaria, tendenciosa, y una resolución del gobierno. Por decreto-ley, las actividades de la masonería son prohibidas, los archivos de las obediencias confiscados y sus dirigentes detenidos. Estas medidas provocaron una onda de choque de tal envergadura que la sociedad masónica, paralizada, se disuelve prácticamente sin intervención judicial.

¹² Raoul GIRARDET: «Du concept de génération à la notion de contemporanéité», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 30 (1983), pp. 257-270, p. 261.

¹³ Jean-François SIRINELLI: «Génération et histoire politique», *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*, 22 (1989), pp. 67-80.

En otro estudio hemos intentado explicar estos hechos por medio de una perspectiva diferente que la disolución política. Lo más verosímil fue que el fin de las actividades masónicas no se debió únicamente a un decreto-ley, sino que éste contribuyó a una desaparición rápida provocada por una inexorable decadencia masónica iniciada unos años antes¹⁴. Nos encontramos frente a factores múltiples de orden sociológico, ideológico y político. De cualquiera de las maneras, la crisis de la masonería de 1896 no es otra cosa que uno de los primeros episodios o manifestaciones de la crisis de la identidad española; ya que, orquestada o no, la creación de un *bouc-émissaire* tan sólo podía servir como expurgatorio y nunca de profunda revisión de los verdaderos problemas de España.

De esta forma comienza un periodo de silencio que no quiere decir un periodo vacío. Algunas logias, dispersas, continúan sus trabajos en una singular discreción. Sin embargo, la mayoría de las obediencias ha desaparecido, dejando un espacio masónico casi virgen. Este espacio será recuperado por el GOE y, en menor medida debido a su proyección, por la Gran Logia Simbólica Regional Catalano-Balear (GLRCB). Entre 1896 y 1902, la masonería española es incapaz de retomar unas actividades similares a las que desarrollaba una década antes. Se impuso, por lo tanto, una reconstrucción del espacio masónico, pero en función de los nuevos parámetros procedentes de la nueva situación política española, de su crisis de conciencia, de su decadencia.

No hubo renovación, sino reconstrucción, una recomposición. A esta tarea se van a dedicar unos dirigentes masónicos procedentes de un espectro generacional anterior a la crisis de 1896. Esta condición no será determinante a la hora de concebir unas políticas nuevas: las estructuras del pasado no eran viables y ciertas cuestiones exigían un tratamiento político diferente desde la masonería.

Sin duda la impronta de Miguel Morayta, creador y director del GOE desde 1889, es indisociable a este comportamiento¹⁵. El GOE reunió, desde su creación, a masones que militaban en dife-

¹⁴ Luis P. MARTÍN: *Los Arquitectos de la república. Los masones y la política en España, 1900-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2007, pp. 23-31. También Francisco SANLLORENTE: «La crisis masónica de finales del siglo XIX», en *La Masonería española en el 2000. Una revisión histórica*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2001, pp. 517-529.

¹⁵ La actividad masónica de Miguel Morayta está bien descrita en María Asunción ORTIZ DE ANDRÉS: *Masonería y democracia en el siglo XIX. El Gran Oriente Es-*

rentes corrientes republicanas, con una marcada tendencia histórico-centralista y algunos, pocos, elementos progresistas y federales. Esta corriente moderada, krausista, levemente jacobina, reunía valores de progreso burgués que no provocaban sobresaltos. Su actitud respecto a la religión era respetuosa, nada anticatólica y razonablemente anticlerical. Era el partido de Salmerón y de la Institución Libre de Enseñanza¹⁶, entre otros. Miguel Morayta, en este marco, figura como ordenador histórico (fue profesor de Historia en la Universidad Central), como unificador, hombre de pluma y de consejo más que hombre de poder. Fue dentro de esta tendencia que el GOE se configuró como un espacio de encuentros en donde Morayta diseñará una obediencia bien estructurada, organizada y con un moderado, políticamente, espíritu republicano. El devenir de esta organización será, evidentemente, la de constituir un puente para el partido, para las redes de notables, para una expansión de la cultura republicana. El GOE se puede considerar como un espacio de encuentro y de desarrollo de las filas del republicanismo salmeroniano, sobre todo desde la creación del partido de Unión Republicana en 1903.

A inicios del siglo XX, la masonería fue incapaz de reconstruirse sin un apoyo exterior. Este apoyo le vino de masones que ingresaron en la masonería en la década de los ochenta del siglo anterior; es decir, toda una generación que se inició en política entre 1868 y 1876. La generación de Morayta será la que dirija el GOE en su reconstrucción, la que dará a las logias nuevos contenidos y programas en función del contexto poscolonial español. De esta manera asistimos al comienzo de una modernización de las prácticas políticas de la masonería que se desarrollará sin cesar hasta la Segunda República.

A partir de 1901 observamos los primeros gestos de recomposición política. La asamblea anual del GOE hace una proposición fuera de lo común: pide a las potencias occidentales democráticas que presionen al rey para una apertura del régimen. Un hecho inaudito e inconcebible un par de décadas antes. Pero más allá del

pañol y su proyección político-social (1888-1896), Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1993.

¹⁶ María Dolores GÓMEZ MOLLEDA considera que era «el representante del ala izquierda del krausismo», en referencia a su militancia anticlerical; véase *Los reformadores de la España contemporánea*, Madrid, CSIC, 1981, p. 186.

símbolo de este manifiesto, la masonería española procede a la interpretación del contexto político nacional mostrando una real inquietud, que, de momento, no contempla la cuestión de la forma de Estado, sino sobre la reforma de la monarquía y a favor de una auténtica democratización. El cambio no es solamente la causa de la disolución de las obediencias en 1896, que parece superado, sino de un espíritu nuevo que reclamaba una nueva sociedad¹⁷.

Esta generación masónica de Morayta entendió que la Orden no podía existir por sí misma si no se inscribía en el movimiento que se perfila en la España de después de 1898. Se trataba de una operación perfectamente calculada del grado de politización admitido por aquellos masones demasiado preocupados en «no hacer política» y todo ello sin entrar en un espacio político de señalado signo partidista¹⁸. Fue una interiorización de la gravedad en la que vivía la sociedad española lo que empujó a la masonería a insertarse en la regeneración nacional.

A la consigna «España es el problema», los dirigentes masónicos respondieron con su participación en la reconstrucción moral, social y política de la nación; ya que si el régimen fue la causa del desastre, fue el cuerpo de la nación el que padeció las consecuencias. Se anuncia una diferenciación sin ambigüedad posible; sin embargo, la prioridad no es dar un aval al régimen, sino salvar a la nación. Estos indicadores son a menudo ignorados. La masonería, al introducirse en la regeneración nacional, construye a la vez su introducción en el cuerpo político y en un proceso de identificación

¹⁷ Una gran parte de las estrategias políticas del GOE se encuentran en el Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH) (antes Archivo General de la Guerra Civil Española), *Actas del Gran Consejo de la Orden*, leg. 650A, y *Actas de las Asambleas de Representantes*, leg. 652^a.

¹⁸ Creemos que no está de más insistir que la masonería, como institución, no tiene una doctrina política definida; fue el contexto sociopolítico español contemporáneo lo que la llevó a politizarse. Por lo tanto, se trata de una sociabilidad política en el sentido en que está interesada en el bien común y en la *polis*. Otro asunto es que los masones pertenecieran a uno u otro partido político. En general, la porosidad partidista en la masonería se mantuvo a nivel de las sensibilidades y la libertad de opinión, que se puede comprobar en boletines oficiales y revistas, era connatural con sus principios de tolerancia y libertad. Evidentemente nunca se decantó por un partido político. No obstante, la fuerte politización surgida tras la dictadura de Primo de Rivera y la alta participación de masones en las instituciones de la Segunda República minaron su serenidad, ya que vivió en su interior los conflictos políticos de sus masones políticos.

nacional. Observado desde el campo cultural no hay contradicción, lo cual explica el amplio consenso de la operación al interior de la masonería española.

Esta política de los masones tendrá un alcance desconocido y será la base de toda su implicación en el devenir del país y de su participación en el debate político durante todo el primer tercio del siglo xx. Lo que Morayta y su generación no podían prever era que las logias también iban a participar en la recomposición de los espacios políticos del republicanismo después de 1900; como tampoco podían imaginar que se estaba iniciando un proceso de transversalidad de las relaciones políticas, sociales y culturales en el que, también, iban a participar las logias. Fue en esta época cuando surge, gracias a la aparición de una sociedad civil más dinámica, la formación de las primeras redes sociopolíticas y culturales¹⁹. Si en esta primera década del siglo estas redes son aún balbucientes, en cuanto a la optimización de las agendas, sí se muestran competentes en la contestación a las políticas gubernamentales, las cuales contradicen las demandas generales de una democratización más extensa²⁰. El GOE consideró prioritario un ensanchamiento de la vida política y, en su ideal de búsqueda de una sociedad armoniosa, entendió que podía ser una de las fuentes de solución de los conflictos sociales que apuntaban en España; pero, también, una fuente para el apaciguamiento político necesario a la modernización de la sociedad. Las recurrentes negativas del régimen para adoptar una política de apertura y de consenso llevarán a la masonería a optar por una posición cada vez más dura contra la monarquía.

La consecuencia de esta actitud será una entrada señalada de la masonería en las elites de la contestación y oposición. Es un hecho nuevo en la medida que, durante el siglo XIX, jamás fue convocada a ello y tampoco tuvo este papel en el conjunto de las fuerzas opositoras a la Restauración. Si las relaciones en la clase política cambiaron, se debió a la gravedad de la situación nacional (huelgas obreras, guerra de Marruecos, llegada en masa de religiosos franceses expulsados por las leyes laicas, etc.), al bloqueo sistemático de los

¹⁹ Sobre este aspecto, consultar María Dolores RAMOS: «La República de las librepensadoras (1890-1914): laicismo, emancipismo, anticlericalismo», en María Dolores RAMOS (ed.): *República y republicanas en España, Ayer*, 60 (2005), pp. 45-74.

²⁰ Teresa CARNERO ARBAT: «Elites gobernantes y democratización inacabada (1890-1923)», *Historia Contemporánea*, 23 (2001), pp. 483-508.

gobiernos de la monarquía y, por último, a las necesidades de concertación de todas las fuerzas republicanas²¹.

La conjunción republicano-socialista de 1909 reforzará esta agenda. Lo cual significa que las logias, que cuentan con pocos socialistas en sus filas, tendrán un espacio más ancho. Así se presentarán nuevas posibilidades de acción. De ahora en adelante, viendo el desarrollo de las redes políticas, la sociedad masónica ya no apunta hacia una exteriorización, sino a la puesta en marcha de una auténtica comunicación política.

La generación política de Morayta, una vez superadas las reticencias políticas del siglo anterior, se inscribió en una dinámica portadora: la regeneración. Estos hombres creyeron que la masonería era necesaria para una España en busca de identidad²². Al mismo tiempo, se decidirá por un alineamiento más confortable respecto a la oposición política, todo ello proponiendo fórmulas innovadoras sin tomar partido. Fueron dos tácticas que van a revelarse trascendentes en el futuro masónico español y muestran también una aptitud hacia la acción política original y subrayan la flexibilidad de una generación que había entendido el papel de las logias en el cuerpo político de la nación.

²¹ La masonería se encontró inmersa en los reajustes doctrinarios del republicanismo español. La impronta salmeroniana en la dirección del GOE era indiscutible y su concepto de la unión de las familias republicanas también. Esta sólida posición se debía, por un lado, a que las relaciones con los masones catalanes pasaban por un buen momento, ya que eran autónomos de Madrid, y, por otro lado, a que la influencia de Morayta seguía siendo muy importante. Sobre la situación del republicanismo en esta primera década del siglo XX, consultar Manuel SUÁREZ CORTINA: «El republicanismo español tras la crisis de fin de siglo», en ID.: *El gorro frigio. Liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 240 y ss.

²² Sobre esta cuestión son elocuentes las palabras del gran maestro accidental, Francisco Sosa, en la Asamblea anual del GOE de 1904: «Nosotros queridos hermanos estamos en el deber de renovar esta sociedad española. Los hombres que nos han llevado al desastre material y que nos hacen vivir en el desastre moral es preciso que desaparezcan para siempre de la vida pública; que desaparezcan los gobernantes que no supieron evitar guerras que trajeron la deshonra; que desaparezcan los maestros que, fanáticos e ignorantes, crearon seres enteros y raquíticos de inteligencia y ricos en fanatismo y superstición», *Boletín Oficial del Gran Oriente Español (BOGOE)*, 146 (11 de mayo de 1904), pp. 95-98.

El masón reformista. La generación del doctor Luis Simarro (1909-1921)

La inserción de la masonería en el campo de la política no fue, sin embargo, fácil. La realización de los proyectos propios dependía de otros proyectos compartidos y rara vez de una acción exclusivamente masónica. Este contexto hará que la masonería española se anude mucho más al devenir, aleatorio, de una oposición republicana y socialista cada vez más presente en la vida política.

Si 1909 representa la división de los republicanos y la desaparición de la generación de Morayta en la dirección del GOE, después de la Semana Trágica la característica dominante fue la expresión de prácticas divergentes entre el viejo y el nuevo republicanismo. Este hecho es palpable en diferentes niveles. En primer lugar, los masones vivieron el divorcio en la familia republicana con una lógica distancia, ya que la mayoría de ellos se identificaba con Salmerón, y, en segundo lugar, porque se encontraron frente a la oportunidad de producir un espacio político diferenciado. El nuevo gran maestro, el profesor Luis Simarro²³, comprendió que el GOE no podía servir de caja de resonancia de las disputas entre republicanos. Su salvación vendría, una vez más, de su adaptación a un universo político altamente conflictivo de una sociedad en crisis. Las propuestas masónicas van a tomar altura y presentar un lugar de encuentro a los opositores más que un lugar de división.

El papel de los masones reformistas partirá de una continuidad intelectual. Fieles a los grandes principios de Salmerón, pero más en fase con la contestación. Si Luis Simarro dirige el GOE,

²³ Luis Simarro (1851-1921), de origen valenciano, estudió Medicina y Psiquiatría en la Universidad Central. Durante sus años de juventud frecuentó el Ateneo y la Institución Libre de Enseñanza. Como médico psiquiatra dirigió el Manicomio de Leganés hasta 1880, año que fue a París donde estudió neurohistología con importantes profesores como Charcot, Duval y Magnan. Esta estancia le permitió trabajar amistad con Salmerón y Ruiz Zorrilla, exilados republicanos. En 1885 regresa a Madrid y colabora con Ramón y Cajal y Jaime Vera; en 1893 abre un laboratorio de Pedagogía Psicológica en el Museo Nacional Pedagógico, dirigido por B. Cossío. En 1902 obtuvo la cátedra de Psicología Experimental de la Universidad Central. En 1907 es nombrado miembro del consejo de la Junta para la Ampliación de Estudios. Miembro de la potente logia *Ibérica* de Madrid fue elegido gran maestro del GOE en 1917. Además de ser el inspirador de la Liga Española de los Derechos del Hombre, fue un activo participante de la Liga Antigermanófila.

las grandes instancias de la obediencia están ocupadas por miembros eminentes del reciente partido republicano reformista; incluso su presidente, Melquíades Álvarez, es masón. No es un detalle banal que exista una simbiosis tan grande entre la idea de una moderación en lo político y las múltiples estrategias que van a desarrollar los masones reformistas. La altura intelectual se verá reflejada en los temas de trabajo en las logias, en la exigencia de una reflexión profunda sobre los problemas más graves que aquejaban la sociedad española y en la búsqueda de un compromiso cívico. Por todos estos aspectos no resulta extraño que la percepción del papel de la masonería por parte de sus dirigentes, penetrados por el krausismo de la segunda generación.

Si las prácticas masónicas son innovadoras, la masonería también moderniza su exteriorización. El punto de salida fue un libro publicado en 1910 por el gran maestro Simarro. Esta obra²⁴, dedicada al proceso de Montjuic donde fue condenado Francisco Ferrer, revela la falta de garantías judiciales que hubo en el juicio. La publicación del libro produjo un auténtico estímulo entre los opositores a la monarquía. Simarro, que no era un político de primera fila y que tampoco obtendría el acta de diputado, provocó un saludable sobresalto. El libro no sirvió únicamente para fomentar la mitología de Ferrer, también mostró la urgente necesidad de crear las bases de un proyecto jurídico y político que fuera más allá de los partidos políticos.

A partir de aquí se va a desarrollar una serie de acciones. En primer lugar, durante el gobierno de Canalejas, los masones piden que se acreciente un control de las órdenes religiosas; y, posteriormente, a causa del fracaso de esta demanda y el asesinato de Canalejas, fuerzan al GOE para crear la Liga Anticlerical en 1911²⁵. Estas acciones sólo son la continuación de la acusación contra la Iglesia de haber influido en el proceso de Ferrer y, también, la exigencia de una secularización y la separación de la Iglesia y del Estado. Aun-

²⁴ *El proceso de Ferrer y la opinión europea*, Madrid, 1910.

²⁵ Entre los animadores de la Liga encontramos Miguel Morayta (presidente), Luis Morote (vicepresidente), Eduardo Ovejero (secretario), Santiago Arimón, Augusto Barcia, Francisco Escola, Ricardo Villamor (vocales) y todos masones. Los estatutos de la Liga precisan la finalidad de su creación: «su objeto es influir en los gobiernos y en la opinión para afirmar la supremacía del poder civil contra las intrusiones del clero». Cfr. *Estatutos de la Liga Anticlerical Española*, Madrid, Imprenta Ducazcal, 1911.

que la Liga nació en una fase descendente de las movilizaciones anticlericales, la política del GOE era la de asegurar su continuidad, evidentemente colegiada, pero controlada y ordenada por la masonería. El pequeño alcance que tuvo el proyecto es llamativo. En realidad, el anticlericalismo ya estaba integrado en las grandes agendas contra el Estado monárquico por sus negativas a democratizar el sistema y a perennizar la suspensión de garantías constitucionales. Es decir, que se trataba de una percepción muy diferente al anticlericalismo de antaño, puesto que superaba el concepto de su lucha secular contra el clero y la situaba en una visión más vasta que indicaba los combates políticos que llevarían a cabo.

El segundo proyecto de envergadura que surgirá desde el GOE será la creación, en 1913, de la Liga Española de los Derechos del Hombre (LEDH). La Liga aparece después de un periodo de maduración. El libro de Simarro había provocado un profundo interés en medios librepensadores, republicanos y socialistas. Y entre su publicación y 1913 hubo una serie de reuniones y encuentros sucesivos entre Barcelona y Madrid. El GOE, desde la dirección de Simarro, había considerado la importancia de crear un centro que pudiera defender los derechos del hombre y del ciudadano, como habían hecho los masones franceses en 1890. Finalmente, en una última reunión en el Centro Republicano de Madrid, se decidió la creación de la Liga. La presidencia de honor recayó en Benito Pérez Galdós. En esta primera configuración de la LEDH, los masones tuvieron una importante presencia en la directiva: un tercio de ella. Esto explica muy claramente la política del GOE respecto a este proyecto y para hacer sentir su adhesión decretó que en cada capital de provincia la(s) logia(s) fuera(n) la(s) primera(s) en poner en marcha las secciones provinciales, y dirigir las. De esta manera un vínculo sólido fue creado entre las logias y la Liga²⁶.

La generación de los masones reformistas era una generación de abogados, tribunos políticos, periodistas, escritores y profesionales. Estos masones estaban convencidos de la trascendencia del derecho en la vida política y sólo contemplaban las relaciones políticas y sociales por medio de un Estado de derecho. De aquí que la convergencia entre la masonería y la LEDH sea natural en la me-

²⁶ Hemos reconstruido la trayectoria de la Liga en Luis P. MARTÍN: «Una escuela de democracia: la Liga Española de los Derechos del Hombre (1913-1936)», *Derechos y Libertades*, 6 (1998), pp. 379-383.

didada en que esta última establecía un componente ético a los comportamientos políticos y un referente jurídico frente a las faltas de derecho. Además, su desarrollo facilitaba el componente político de los masones en un espacio político (y politizado) pero no partidista. Una vez más, los reformistas creían hacer política para la *polis*, por el interés general.

Rediseñar los espacios de actuación, colaborar en la definición de las redes interviniendo en ellas, señalar cuestiones de reflexión susceptibles de consensuar una contestación, abrir canales de comunicación, etc., todos estos aspectos, los dirigentes del GOE los llevaron a su más alta expresión. Sabiendo hacer política de otra forma, situándose cerca de la elite intelectual y política, en tanto que hombres de consejo.

Uno de los hechos más evidentes fue su participación en la revista *España*. El GOE siempre fue consciente de la importancia de tener un canal de comunicación directo con la sociedad española; una comunicación imposible con sus boletines internos. Unos años antes, una revista se creó con el objetivo de hacer visibles los fines de la masonería. *El Mundo Latino* fue testigo de esta nueva fórmula de acercamiento social de la masonería española. Con *España*, la tonalidad será diferente, ya que, sin ponerse en primera fila, los masones se van a dedicar a consolidar la LEDH, por medio de peticiones, notas informativas, lista de donativos y suscriptores (¡interminables!), artículos y cartas de lectores²⁷.

No cabe duda de que estas empresas están impregnadas de una modernidad en el enfoque de los asuntos públicos. Esta generación, gracias a su posición en el tablero político nacional y a su centralidad madrileña, logró también un cambio fundamental en las prácticas masónicas: no estar en los márgenes de las movilizaciones, sino formar parte de ellas. Esta actitud fue tanto más necesaria porque la crisis de 1917 mostró las necesidades de una alianza con la oposición al sistema. Una prueba fue que los debates de la asamblea de los parlamentarios celebrada en Cataluña fueron transcritos y publicados en la editorial masónica LIF.

En suma, nos encontramos frente a un periodo generacional decisivo. En primer lugar, se produjo a la vez un crecimiento del es-

²⁷ Véase Olivia SALMÓN MONVIOLA: *La palabra de paso. Identidades y transmisión cultural de la masonería en Madrid (1900-1936)*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2008, pp. 243-280.

pacio masónico y político a nivel nacional que reflejaba las innovaciones de estos comportamientos. En segundo lugar, la consigna «nada de alineación sino espacio de concentración» produjo unos frutos inesperados, ya que, pese a las visibles contradicciones con la realidad, esta idea revela que el *juste milieu* masónico era una estrategia convincente dentro de la bondad política que representaba el posibilismo reformista. Se trata de una generación que, más que intentar llenar las logias, buscaba construir espacios múltiples, redes variadas y variables, lazos interpersonales y una comunicación propia. El GOE sale de esta operación beneficiado porque fue aceptado, en tanto que actor, por una gran parte del abanico político de la oposición, admitido en los círculos de debates y con vías directas de contacto gracias a una panoplia de hombres implicados en el mundo político y masones.

El masón radical. La generación de Martínez Barrio (1921-1931)

El agotamiento de la vía reformista fue debido a dos contextos diferentes: uno, el control de las logias por el Gran Consejo de la Orden, que era mal soportado por la base a causa de una actitud poco democrática por parte de los dirigentes del GOE, y otro, los males producidos por el posibilismo reformista, fórmula de salvamento de la monarquía. Los masones reformistas pretendían conservar un poder en el GOE, lo cual, en cierto modo, estaba en contradicción con su declarado espíritu democrático. Las actitudes recurrentes del Gran Consejo de la Orden molestaban profundamente en las logias simbólicas, las cuales veían que sus demandas y proyectos eran, muy a menudo, rechazadas por los altos dignatarios. Esto provocó reacciones muy vivas y manifestaciones de todo tipo.

El reverso de esta contestación no fue otro que una masonería más joven que reclama un estatuto diferente del pasado. El hecho de que los últimos masones más recientes tuvieran una tonalidad más radical que reformista va a hacer cambiar, de arriba abajo, la tendencia dominante. Las logias «radicales» a penas soportaban esos «señores», esos masones abogados, intelectuales y ateneístas. El nuevo masón se encuentra entre los negociantes, comerciantes, empleados, profesores de instituto y maestros. Es decir, un nivel so-

cial más popular. Estos datos son los que indican a lo que se iba a parecer la masonería española a partir de los años veinte. Un cambio generacional, pero también un cambio sociológico.

Dos hechos mayores, conjugados en el mismo contexto, van a rediseñar los nuevos espacios masónicos: por una parte, la «revuelta catalana» de una decena de logias del GOE que, con la ayuda de algunas logias andaluzas, se van a separar y crearán la Gran Logia Española (GLE). Por lo tanto, una masonería periférica, más política y menos a la escucha de las variables madrileñas. La GLE es la resultante de una visión de la masonería más amplia y democrática, pero también de un republicanismo más radical, social y laico. Por otro lado y debido a la contestación de las logias, la puesta en pie de una nueva carta territorial de tipo federal en el GOE. Estas dos cuestiones van a ser llevadas a cabo por los radicales, desplazando a los reformistas. No es un juego de sillas, ya que estos últimos no fueron nunca marginados, sino que, de 1921 a 1922, sucedió una redefinición del rol de la sociedad de los francmasones.

Para empezar, asistimos a una apropiación de la imagen de la masonería. La GLE, por medio de una maniobra muy audaz e inteligente, se presentó ante las instancias masónicas internacionales como la única representación masónica española, expulsando, *de facto*, al GOE de estos foros²⁸. Un golpe maestro que el GOE sólo logrará reconducir después de mucho esfuerzo y años. La GLE practica una internacionalización de sus prácticas políticas, las cuales pasan por la Asociación Masónica Internacional (AMI), la Sociedad de Naciones y otros organismos asociados como la Oficina Internacional del Trabajo. En el otro bando, el GOE se vio abocado a desarrollar una política más nacional, a intentar enraizar estos nuevos masones radicales; y para ello encontró el dirigente más adecuado en la persona del dirigente sevillano Diego Martínez Barrio.

²⁸ Esta mala pasada tiene una historia. El GOE, en su nueva organización de 1921, decidió disolverse con el fin de ponerse en conformidad con el principio federal que prevaleció. Durante dos años el Gran Consejo Federal Simbólico (GCFS) fue el único organismo que hacía las veces de obediencia. Esta autodisolución tuvo como consecuencia que la GLE pudiera presentarse ante la Asociación Masónica Internacional (AMI) como la única obediencia española, lo cual era real. El GCFS se vio en la obligación de refundar el GOE en 1923 para ser reconocido por las obediencias extranjeras. Pese a sus repetidas demandas a la AMI, tuvo que batallar duro para obtener el reconocimiento. Una historia paradójica e inverosímil. Véase Luis P. MARTÍN: *Los Arquitectos de la república...*, pp. 113.

En un ambiente masónico en plena evolución y sin haber tenido tiempo para consolidar los proyectos de ambas obediencias, el golpe militar de septiembre de 1923 va a modificar profundamente las cosas. La dictadura militar de Primo de Rivera, primero, y el directorio civil, después, a partir de 1925 van a convertir la masonería en un canal de movilización política. La contestación timorata del GOE y las peticiones sibilinas de colaboración de la GLE no podrán impedir una represión masónica arbitraria y selectiva. En este aspecto, observamos dos actitudes distintas entre las obediencias. Sin embargo, el poder no se deja embaucar por las propuestas de la GLE, ni de la neutralidad manifiesta del GOE. Las estrategias contra la dictadura tomarán un carácter propio en los diferentes niveles de la conspiración y, en este caso, hay que tener en cuenta que las gestiones llevadas a cabo con el régimen superaban las posibilidades materiales y efectivas de la masonería. Los masones radicales aplicaron los recursos propios al radicalismo, entre los cuales algunas logias figuraban con espacios secretos. Y estos recursos escapaban al control de las logias y de los dirigentes nacionales. Más aún, unas y otros nunca avalaron las actividades conspiradores.

Un comportamiento que se explica por el papel que tendrán las logias durante la dictadura; es decir, espacio de reunión masónica y política, colusión de las fuerzas de oposición. Como decía Martínez Barrio: «casa de todas las izquierdas»²⁹. En definitiva, una nueva estrategia política, más anclada en las oposiciones al régimen y con un nivel de compromisos variable según el tipo de movilización. Dentro de esta dinámica, también podemos considerar que la dictadura favoreció la llegada de socialistas a la masonería o a la solidificación del radical-socialismo, incluso al acuerdo entre las dos obediencias en 1924.

No vamos a entrar en las tácticas de la(s) conspiración(es) ya que, por una parte, se sitúan fuera del alcance de este estudio, aunque tuvieran una repercusión en las actitudes hacia la dictadura, y, por otra parte, todas las conspiraciones fueron ideadas, preparadas y estructuradas por grupos políticos y nunca tuvieron directamente una naturaleza masónica.

²⁹ Sobre las ideas masónicas de Martínez Barrio, consultar Leandro ÁLVAREZ REY (ed.): *Diego Martínez Barrio. Palabra de un republicano*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla-ICAS, 2007, pp. 243-303.

No obstante, el papel de los radicales producirá una innovación en la atracción de nuevos masones: el reconocimiento de que sus redes tenían una finalidad múltiple. La llegada de militantes de base, de simpatizantes provenientes de todos los sectores socio-profesionales de la burguesía, de cuadros de los partidos, militares contrarios a Primo de Rivera y, por último, intelectuales, dará a la masonería española un nuevo rostro, que se integra en este vasto movimiento de oposición. La experiencia madrileña es, en este aspecto, bastante neta, cuando dirigentes políticos, periodistas y abogados se unan para crear la logia *Dantón*. Si este ejemplo es demasiado evidente en lo que toca el maridaje «política y masonería», también nos muestra la flexibilidad de la sociedad masónica que, preservando algunos principios esenciales, se adaptó para servir un ideal superior. Así, la gran idea de Martínez Barrio de servir de centro de confluencia se convirtió en realidad.

Pese a las precauciones tomadas, la clausura de la sede del GOE en 1927, así como los conflictos políticos en la Gran Logia Regional del Centro y los movimientos de la GLE en torno al poder, se pueden poner en el pasivo de las estrategias; prueba de ello fue que después del directorio civil la masonería construyó un discurso republicano unitario. En cada consigna a la prudencia, en cada artículo o comunicación de las asambleas, el interés de los masones fue el de unir las fuerzas. En vísperas de la Segunda República nos encontramos frente a una sociabilidad politizada y participativa, ciudadana y responsable.

La generación masónica de los radicales creó una dinámica y nuevas estrategias en la Orden. Desde el GOE provocaron una ruptura con el posibilismo reformador, desarrollando una política de competencia a la GLE.

Reflexión final

A lo largo de estas tres décadas, la observación de los comportamientos políticos en la masonería española puede hacerse por medio de un estudio de sus generaciones. La clasificación aplicada en función de tres generaciones clave nos ha permitido comprender las modificaciones de las prácticas políticas en la masonería en dos aspectos importantes. El primero, asistimos a una praxis de las

agendas de oportunidades. En efecto, las logias y los masones, instalados en un contexto evolutivo, conflictivo y abierto, van a posicionarse frente a los acontecimientos, van a integrar los problemas de la sociedad española (toma de conciencia respecto al regeneracionismo, crisis de la Restauración, crisis sociales, violencia política, dictadura, etc.), van a reflexionar y van a actuar (cfr. la LEDH). El segundo, este comportamiento, por niveles y por generación, va a proceder a mutualizar las experiencias políticas en función de una contextualización evolutiva.

Estos parámetros nos muestran una aculturación de los recursos (redes, proximidad, vínculos, etc.). La masonería ya no es una sociabilidad de notables, a partir del siglo XX se encuentra en un espacio de expresión política y de gestión común de las estrategias. El papel de los reformistas nos mostró que los masones fueron capaces de crear unas afinidades fuera de las logias, de juntar y de establecer lazos interpersonales, institucionales y de comunicación con grupos y sectores políticos y socioculturales muy diversos. Los reformistas supieron dar una forma auténtica a lo que buscaba la masonería: ser una pasarela. Esta función fue continuada por los radicales, que, empujados por la dictadura, levantaron un sistema que hizo atractiva la masonería, pero también operativa. En suma, introducir en las logias una parte importante de los cuadros republicanos y algunos intelectuales socialistas.

A través de las generaciones hemos visto algunos de los cambios más interesantes en las prácticas políticas como son la pertinencia y la posibilidad de realización de estrategias y proyectos. La masonería penetrada de una cultura política republicana nos enseña durante los treinta primeros años del siglo XX cómo llevarla a cabo. Sin esta tradición, sin este cúmulo de experiencias, sin esta fusión con republicanismismo, ninguna de estas prácticas hubiera podido realizarse. Lo cual muestra que, más que una sociabilidad política, también fue una sociabilidad cultural de un proyecto político: el de la República.